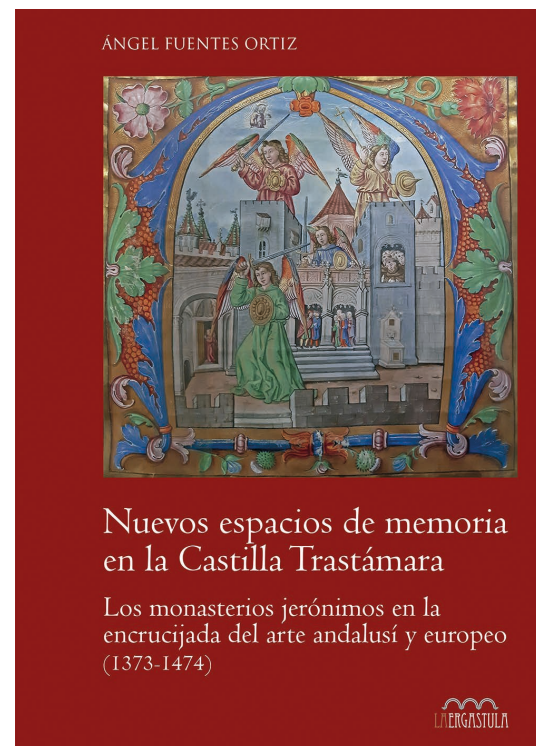


modo que las aportaciones de su reinado, en todos los demás ámbitos, han hecho olvidar las de sus predecesores. En los últimos años, sin embargo, se han venido recuperando las iniciativas, de todo tipo, desarrolladas en los tres primeros cuartos del siglo XV, incluso en la centuria anterior, marcada habitualmente por el estigma de la(s) crisis. El libro de Ángel Fuentes viene precisamente a incidir en la necesidad de desechar esta perspectiva tan limitadora para adentrarnos en esos otros momentos del fin del Medievo que, analizados con tanto detalle como en el caso presente, sustituyen la medianía y oscuridad que se les han asignado por la brillantez de proyectos artísticos tan significativos como los de los monasterios de Guadalupe, Fresdelval o Lupiana, por citar algunos de los estudiados en esta obra.

- Fuentes Ortiz, Ángel. *Nuevos espacios de memoria en la Castilla Trastámara. Los monasterios jerónimos en la encrucijada del arte andalusí y europeo (1373-1474)*. Madrid: La Ergástula, 2021. 372 páginas y 100 ilustraciones en blanco y negro y color.

El estallido artístico que supuso la producción artística de la Castilla de los Reyes Católicos ha oscurecido tradicionalmente el brillantísimo panorama previo, del mismo



El libro parte, sin ser una publicación directa de la misma, de la tesis doctoral del autor, dirigida por el tristemente desaparecido Juan Carlos Ruiz Souza, que claramente inculcó en su discípulo la curiosidad por mirar más allá de lo evidente y de conectar obras

diferentes, significados diferentes, “memorias” distintas. Es precisamente la memoria, y los espacios destinados a mantenerla (o no), la que centra este texto, cuyo objetivo es intentar entender cómo se gestionó la memoria individual o colectiva en diferentes espacios religiosos con un nexo común, la pertenencia a una nueva y exitosa orden religiosa, los Jerónimos, en un momento tan complejo como fue el del asentamiento en la corona castellana de la dinastía Trastámara tras el fratricidio de Montiel.

El autor va desgranando el devenir de la orden desde sus inicios italianos, tan fugaces, el éxito temprano y su expansión, al servicio de un nuevo modo de entender la instrumentalidad del espacio construido y ornado, hasta la época de Enrique IV, tan ligado a los monasterios jerónimos y cuyo reinado está saliendo de las sombras a través de algunos estudios recientes, como el presente. De este modo, a lo largo de seis capítulos, asistimos, sucesivamente, a la aparición y consolidación (o desaparición en algún caso) de los más significativos monasterios jerónimos y a la utilización de sus espacios para crear y exhibir la nueva memoria trastámara, ligada no solo a la corona y su nueva dinastía, sino también a las nuevas necesidades memoriales e identitarias de una nueva nobleza, que encontró en la espiritualidad jerónima la mejor respuesta a estas.

El primer capítulo se dedica a los primeros intentos de creación de la orden y su inicial y complejo asentamiento en Italia, Francia o Portugal, mostrando como el interés de las élites Trastámara favoreció el arraigo de la orden en Castilla, un éxito que llevó a la propia orden a desinteresarse por la expansión fuera de los territorios hispanos.

El segundo capítulo está íntegramente consagrado al monasterio de Guadalupe, obra fundamental para el desarrollo de la orden, pero muy poco conocido desde el punto de vista artístico hasta este estudio. El autor considera que Guadalupe modificó radicalmente el devenir de los jerónimos, marcado por el interés regio en el monasterio, que supuso

la configuración de este como un espacio de representación Trastámara. El autor estudia en profundidad el desarrollo arquitectónico del monasterio en sus diversas dependencias, con un sugerente acercamiento al templete del claustro como “castillo de María”.

En el tercero se desgrana la expansión de los primeros años, con fundaciones tan relevantes como las de Lupiana o Talavera, pero también Abadía o La Mejorada, vinculada a la memoria de Fernando de Antequera y parte de la estrategia de este de relacionar la nueva espiritualidad jerónima con el reino, contrarrestando así el peso de los dominicos y, consecuentemente, el de su mayor defensora, la reina Catalina.

El cuarto, con la orden ya consolidada y en un momento de claro esplendor, se recogen las experiencias de Fresdelval y, de nuevo, Lupiana, y la ligazón de ambos a linajes ilustres, como los Manrique-Rojas en el primero y Mendoza en el segundo. En ambos casos, por desgracia tan escasamente conservados, el autor analiza la especial relación que con estas casas tuvieron Gómez Manrique y Sancha de Rojas en Fresdelval y Aldonza de Mendoza en Lupiana, y cómo se materializó esta en la renovación de obras preexistentes para albergar la memoria funeraria de unos y otra, de los que poco más queda que sus magníficos monumentos funerarios. Son algunos ejemplos de cómo las élites nobiliarias capitalizaron nuevos espacios memoriales, nuevos referentes de representación en monasterios jerónimos.

El quinto vuelve a Guadalupe, tras varios epígrafes dedicados a otros monasterios jerónimos menos conocidos, en los que el autor centra su interés en el uso consciente, por parte de sus patronos, de formas vinculadas a la tradición autóctona de raíz islámica, como modo de enlazar su memoria con un pasado ilustre. Ejemplos en La Mejorada de Olmedo y Santa Catalina de Monte Corbán (Santander) preceden el peculiar caso de San Leonardo de Alba de Tormes y su relación con la memoria funeraria del linaje de los Álvarez de Toledo. En relación con la elección de tem-

plos jerónimos como lugar de enterramiento de las nuevas élites trastámaras, en Guadalupe se exploran obras tan significativas, en lo que a la gestión de la memoria se refiere, como el mausoleo de la reina María de Aragón, la capilla de Gonzalo de Illescas o la de Alonso de Velasco. En estos casos la permanencia de la memoria de los titulares en espacios privilegiados choca con la peculiaridad de la espiritualidad jerónima, mostrando como el recuerdo es débil y en la gestión de la memoria intervienen diferentes intereses.

Finalmente, el sexto capítulo, en la cercanía del fin de la centuria y del reinado de Isabel y Fernando, analiza el cambio de paradigma que ya se estaba gestando y cómo afectó a algunas obras relacionadas con la recuperación de la memoria de personajes en los que el olvido había sido premeditado, como Dinís II de Portugal, el obispo Pedro Solier o el propio Enrique IV, firme defensor de los jerónimos. Si con Pedro Solier el autor nos lleva al monasterio de Valparaíso en Córdoba, donde se materializó su monumento funerario, el fallido rey portugués encontraría reposo en el monasterio de Guadalupe, al igual que el rey castellano, cuya relación con otros monasterios jerónimos, como El Paso de Madrid y El Parral de Segovia, se recoge igualmente en el libro.

Como el autor afirma en sus conclusiones, esta obra "...evidencia...uno de los mayores logros de la Orden Jerónima: la eficacia a la hora de canalizar los deseos y aspiraciones de una nueva sociedad que demandaba nuevos espacios de representación". Espacios que se beneficiaron de la sutil combinación de lenguajes artísticos historicistas y renovadores, al servicio de los intereses de una nueva dinastía y de una nueva nobleza necesitadas de sus propias señas de identidad y legitimación. En este marco, el autor destaca claramente al monasterio de Guadalupe como paradigma de casa jerónima que supo configurarse como marco de un nuevo discurso.

El dr. Fuentes nos presenta un estudio completo y complejo, riguroso en el uso de sus fuentes, a partir de las cuáles establece

no solo los datos positivos, sino también interpretaciones en las que se tienen en cuenta la funcionalidad de los espacios, el peso de la liturgia, las intenciones de los patronos, las conexiones entre diferentes obras y sus significados, el uso de las formas al servicio de nuevos mensajes y el peso de la memoria posterior, que facilitó recordar, u olvidar, aquello que interesó en cada momento, obedeciendo a las necesidades de diferentes épocas, personas e instituciones. A destacar el uso que el autor hace, como buen discípulo de su maestro, de la relación entre un lenguaje renovador del gótico, de origen foráneo, y el peso evidente de las formas islámicas, relación integradora que multiplica los significados y el impacto visual de las obras resultantes, demostrando cómo los patronos tardogóticos usaron tanto formas innovadoras como otras vinculadas al pasado en función de sus diversos intereses.

El rigor científico del libro no se ve en absoluto disminuido por el uso de un lenguaje claro, que facilita la lectura y comprensión rápida del texto, a lo que contribuye el acertado aparato gráfico, en el que se agradece haber mantenido el color para las imágenes, fundamental en un libro de contenido artístico, pero no siempre presente.

Un libro, pues, imprescindible para conocer el panorama artístico de la Castilla de los siglos XIV y XV, una época tan fascinante como las obras aquí estudiadas.

María Dolores Teijeira

Instituto de Estudios Medievales.
Universidad de León